A 500 AÑOS DE JUAN PONCE DE LEÓN
Y A 200 DE SIMÓN BOLÍVAR

ENSAYO

Ponce de León

La Antillanía en Hostos

Marcos
REYES DÀVILA

El autor es Catedrático de Lengua y Literatura en la Universidad de Puerto Rico en Humacao.

Para Fernando Aínsa[1]

RESUMEN
Se examina el carácter general de la obra de Eugenio María de Hostos para ubicar en el marco de su visión de la América Nuestra la importancia y la función de su propuesta utópica al respecto de la Confederación de las Antillas. Se pondera, además, el concepto hostosiano que se refiere a las Antillas del Caribe como «el fiel de la balanza».

Palabras clave:
Eugenio María de Hostos, comunidad e integración latinoamericanas, paradigmas de las nacionacionalidades, confederación de las Antillas.

INTRODUCCIÓN:
2008: A 500 de Juan Ponce y a 200 de Simón Bolívar

Además del centenario del natalicio de Juan Antonio Corretjer, el 2008 trae consigo otras conmemoraciones ineludibles. Así por ejemplo, los 500 años de la conquista de Borinquen por Juan Ponce de León, y –según nos alertan desde Buenos Aires, allá en "Nuestrosur"– el bicentenario del inicio del proceso emancipador de *Nuestramérica*.

Los 500 años son cruciales, no sólo por marcar una periodo harto considerable, sino porque significó la incorporación de nuestra isla en el territorio de la dominación europea que, dentro de un proceso histórico de globalización primera, fracturó radicalmente el curso de nuestra historia, resultando en la lenta configuración de una identidad histórica nueva que es la nuestra, hoy, como puertorriqueños. El intento de rescate del castillo San Jerónimo, así como el de los nuevos yacimientos arqueólogicos de Ponce que las autoridades coloniales de Puerto Rico parecen incapaces de valorar, dan testimonio de que no hablamos de una prehistoria caduca sino de un proceso vivo y palpitante, cuya jurisdicción aún no somos capaces de asumir como pueblo.

El bicentenario del inicio del proceso de emancipación, por otro lado, estipula asimismo un hito crucial en el proceso histórico de las américas, pues aunque el tren de la

independencia nos dejara de lado, no dejó de azuzar con persistencia a nuestro pueblo que intentó abordarlo repetidamente, ni dejó de configurar tampoco el augurio de un porvenir de soberanía política y dignidad cuidadana del que aún carecemos.

Algo muy importante, es necesario tener muy claro: No hay homenaje que realizarle a Juan Ponce de León ni a la conquista de Puerto Rico por más que pueda argumentarse que sin ella no seríamos el sujeto histórico que alienta en nuestro pecho hoy. Lo cierto es que, aunque España regara **vicariamente** en nuestros suelos los sembradíos que le urgiera el vivir, la dominación colonial no regó, **empero,** la ceiba de nuestro ser, sino que lo privó y mutiló como lo hacen los trapos que se ataban en el pie de las niñas chinas para impedirles su crecimiento. Con trapos como esos enarboló Pachín Marín una bandera. Los 500 años tenemos que conmemorarlos a la luz del bicentenario de la emancipación, bolivarianamente, comprendiendo que la nación puertorriqueña nació *a pesar* de la dominación, y no por sus favores; brotó contra viento y marea y adquirió su consistencia precisamente en la lucha contra el poder que nos descalificó a lo largo de cinco siglos. Joel James Figarola comentó en una ocasión lo siguiente: "La piedra sillar del anexionismo es la falta de fe en el cubano; la falta de fe en sus posibilidades, en su cultura y en su disposición." Lo mismo cabe señalar en cuanto al despojo de la soberanía de todo colonialismo. Por eso, y porque, siendo Puerto Rico una nación intervenida, dominada, la anexión es la renuncia de la soberanía nacional, ésta formula política no puede ser en Puerto Rico una formula descolonizadora.

Dentro del contexto de las revoluciones latinoamericanas que han construido las estructuras presentes, surgió una gran cantidad de propuestas y visiones de aliento utópico que pergeñaron los sueños de los libertadores y de los que les sucedieron en las riendas de los destinos colectivos. No obstante, más que el aliento del fuego fundacional de lo biennacido, fueron las tentativas fracasadas, las constituyentes violentas, las imposiciones de fórmulas absurdas y las marginaciones de pueblos avasallados, los procesos que transitaron los desasosiegos de siglos de pasos perdidos que aún hoy buscan desesperadamente su quicio. Ante las conmemoraciones de estos semimilenios y bicentenarios, y ante la conciencia de hallarnos ante paradigmas frustrados de integración que aún viven al acecho de los viejos y nuevos poderes coloniales que nunca renunciarán al control de sus presas, adquiere importancia la reflexión sobre aquellas utopías –matrices y motrices– que forjaron el mundo que vivimos, así como los desajustes y los conflictos que han hecho imposible la feliz integración de pueblos que se reconocen hermanos y se aman.

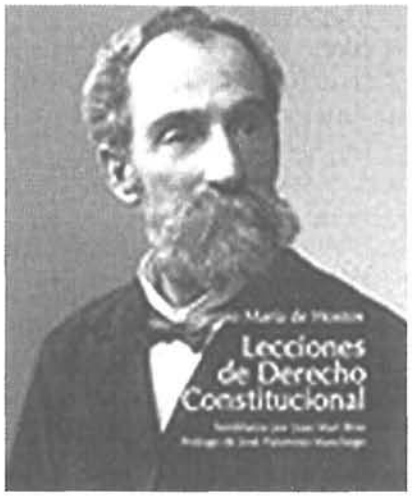
Eugenio María de Hostos fue uno de esos utopistas forjadores, y las Antillas son parte natural e inalienable, tanto del mundo como del porvenir de Nuestra América. Tanto aquí como allá nos espera un futuro cada vez más sombrío, pues el crecimiento poblacional en esos países subdesarrollados y hambrientos, llenos según algunos de esas "etnias vulgares" que intentan emigrar como sea tanto a Estados Unidos como a la Unión Europea, anticipa una respuesta de protección y rechazo cada más intolerante, violenta, derechista y seguramente fascista. En lo que a nosotros concierne, nos urge, en un nuevo sentido, aún más apremiante y peligroso, dilucidar el destino de Nuestra América, como lo anticipó Martí en su célebre ensayo. Nunca como hoy estuvieron nuestros "subdesarrollados" tan a merced de sus propias fuerzas.

ANTILLANÍA Y LATINOAMERICANIDAD: HOSTOS

Los americanos todos, del norte y del sur, del este, el oeste y el centro, conocerán, de seguro, el nombre de Eugenio María de Hostos (1839-1903). Hostos no sólo realizó y proyectó su obra por todas las américas, nuestras y ajenas; no sólo tuvo una influencia de peso en el destino de algunas de nuestras repúblicas, y no sólo influyó marcadamente en el desarrollo del pensamiento más avanzado de su época, sino que todo ello le fue reconocido por la Sociedad de Estados Americanos que lo proclamó en el 1938, en Lima, "Ciudadano Eminente de América", y por los estudiosos que lo han seleccionado como uno de los cincuenta educadores más influyentes en toda la historia de la humanidad[2].

¿Qué pertinencia tienen las propuestas de Hostos respecto al tema que nos ataja dentro del contexto del siglo XXI? Las respuestas son varias. Por un lado, la histórica, pues fueron los

antillanos del siglo XIX los que concibieron y formularon respuestas a la amenaza mayor que presentaba para los territorios al sur del Río Bravo la creciente pujanza económica de los Estados Unidos. Betances, Hostos y Martí, principalmente, visionaron los peligros del porvenir y buscaron defensa, fundamentalmente, a través de la integración de las Antillas. El peligro se concretó a partir, sobre todo, de la guerra del 1898 que el propio Mark Twain calificó de imperialista. Y desde entonces, las intervenciones directas, con el uso de armas o a través del uso de la disuasión y del poder económico, no cesaron de acosar los esfuerzos que en todas partes intentaron inútilmente hacer justicia a los más desamparados.



Por otro lado, el Tratado de Libre Comercio que se le impone hoy a muchos de nuestros países nos pone en el oído los ecos pertinentes de las intentonas que con finalidades análogas reunieron a fines del siglo XIX a los pueblos americanos y que José Martí combatió hasta la postración física. Hostos reflexionó sobre estos temas muchas décadas antes y, sin dejar de observar cómo se fortalecía el minotauro americano, no se cansó de predicar la necesidad y la urgencia de la unión del continente sur y de la confederación de las Antillas. "Forjar el porvenir", era una de esas frases suyas que cifraban lo que era, y aún es, una utopía necesaria. La obra de Hostos es una de las más profundas y complejas formulaciones de la utopía latinoamericana porque le es innata la visión incesante del porvenir, porque reflexionó toda su vida cómo realizar esa utopía, y porque durante gran parte de su vida intentó forjar esa utopía[3], a veces armado del fusil, a veces armado de la arenga, a veces armado del estudio implacable de la realidad concreta, a veces formulando los principios, la estrategia y la táctica, y a veces inmerso, de cuerpo entero, en el trabajo concreto del surco y la zapata.

La utopía revolucionaria de la confederación hostosiana

La crítica, así como las notas enciclopédicas y de prensa, suelen destacar en Hostos su labor como educador y como moralista. Sin embargo, lo cierto es que Hostos fue fundamentalmente un revolucionario que no atrincheró su quehacer en las bibliotecas, y que, armado con fusil en ocasiones, aunque principalmente viviera armado con la pluma y la palabra, pugnó toda su vida por construir un mundo nuevo, dirigido por la visión de una utopía realizable que se esforzó reiteradamente por instrumentar más allá, o más acá, del sueño que ambiciona[4].

A cargo estuvo de instrumentar esa utopía, por designación presidencial, y en más de una ocasión, en la República Dominicana, en cuyo Panteón Nacional de los Héroes de la República descansan sus restos; y asimismo en Chile, como rector del importante liceo de Santiago, Miguel Luis Amunátegui, y como catedrático de la Universidad de Santiago.

A cargo estuvo, para sí mismo y por sí mismo, y por la presión impetuosa de su verbo y de su pasión, en cuantas luchas se destacó a lo largo de su vida, incluidas las siguientes: la lucha por una república federal para España que reconociera la soberanía de sus provincias; la lucha por la independencia de Puerto Rico, Cuba y la República Dominicana; la lucha por los desposeídos y marginados en Perú, Chile, Argentina y Brasil, y particularmente, por los pueblos indígenas de América, los negros africanos, los chinos y los demás inmigrantes; la lucha por la emancipación y la completa igualdad social de la mujer; la lucha por la independencia del entonces futuro proyecto del canal en Panamá; la lucha por la integración física de Suramérica a través de ferrocarriles, la navegación de ríos y tratados comerciales y políticos; la lucha por la confederación de las Antillas; la lucha por la Confederación de los "estados desunidos" del sur; la lucha por la libertad y la construcción de un "hombre nuevo" a través de la completa educación de las

facultades humanas; la lucha por la construcción de un régimen de derecho internacional que detuviera las acciones imperialistas norteamericanas y europeas, particularmente en las Antillas del Caribe, África, Asia y la Oceanía.

Algunas de estas luchas hostosianas son pertinentes al tema de la revisión de paradigmas de las nacionalidades y exploración de nuevos modelos de integración latinoamericana. El tema es un claroscuro, es decir, no es menos nido de obviedades que de conflictivos. En los tiempos de Hostos, en esa larga secuela del proyecto emancipador de Bolívar, ni siquiera tenían estas tierras y comunidades un nombre inequívoco y unánime. Algunos privilegiaron la preexistencia americana y la difusión de las importantes culturas construidas fuera de los márgenes de las grecolatinas, cristianas y orientales conocidas en el siglo XV, anterior incluso a la idea de las indias occidentales; otros privilegiaron la posición geográfica que llevó a Vespucio a acuñar la alusión al Nuevo Mundo, anterior a la fractura entre las dos américas; otros, posteriormente, distinguieron la sajona de la latina, la ibérica, la América hispánica. Algunos potenciaron algunos de sus elementos humanos, como la indoamérica, la afroamérica, la América criolla. Empero, el empeño nominador se complicó aún más cuando se eligieron, como perspectivas, otros factores. Entonces, se distingue, por ejemplo, la comunidad andina de naciones, el Caribe multicultural, la región del Río de la Plata, el Cono Sur, la amazonía, los pueblos del Pacífico, etc.

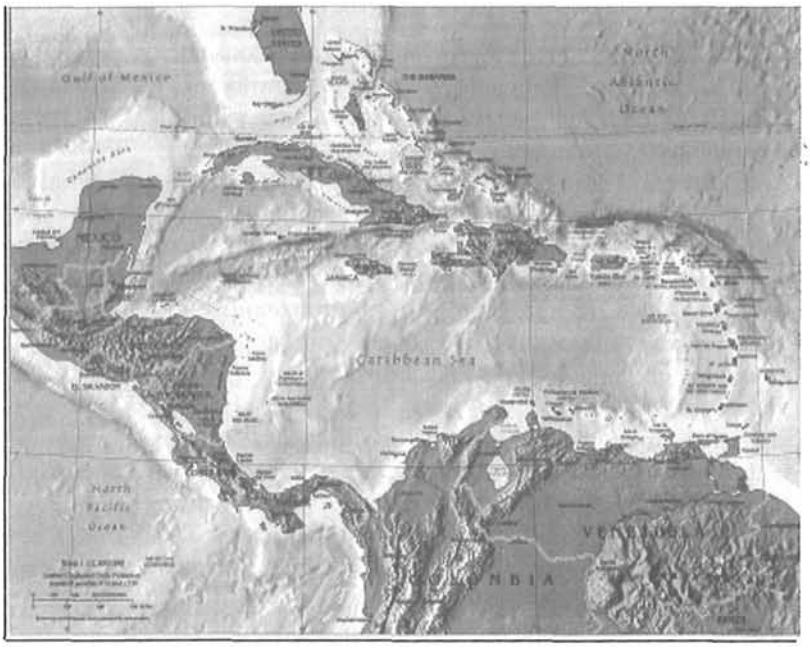
Para ir al grano del tema, y en honor a la brevedad impuesta, Hostos trata en varios ensayos de los setenta el tema y expresa su preferencia por el nombre de Colombia, y de pueblos colombianos. Pocos años más tarde lo vemos utilizando las expresiones América Latina, pueblos sudamericanos, e incluso el martiano "América nuestra".

Mucho más importante es partir del hecho de que Hostos conformó diversas fórmulas de integración pues estaba convencido de la utilidad, y la necesidad, de esa integración. El gran reto, que enfrentó toda su vida, fue cómo articular esa integración con el principio rector de libertad y soberanía de los pueblos.

La primera de las fórmulas que ideó, en el orden cronológico, fue la de una federación hispánica que reconociera la soberanía de las provincias españolas y de las Antillas que España mantenía aún sujetas a su dominio en la segunda mitad del siglo XIX. El activismo político y periodístico de Hostos, anterior a las revoluciones de 1868, ofrece vasto testimonio sobre el particular. Dos cosas hay que anotar. Por un lado, Hostos utiliza como modelo el proceso de la comunidad británica que se está desarrollando en Canadá en esos años. Por otro lado, Hostos ya pondera los elementos que distancían a Cuba y a Puerto Rico de la península, de manera que subyace en la entrelínea de sus ambiciones, anteriores a 1868, esa confederación de las Antillas que se convertirá en su más distintiva ambición utópica.

A pesar de los esfuerzos peninsulares de este siglo, Hostos no volvió a contemplar en el resto de su vida una posible integración con España, por razones evidentes. En el 1869 desiste de su intención de promover la república federal porque las autoridades españolas le niegan a los pueblos de las Antillas el derecho a participar en igualdad de condiciones con las provincias peninsulares. Desde ese entonces, Hostos busca la ruptura, la independencia, pero no como un fin en sí misma, sino como estrategia para constituir la Confederación de las Antillas. A juicio de Hostos, sólo a través de la confederación podían hacerse viables, posibles, sociedades libres en las islas. Hostos sabía que las condiciones socioeconómicas de las islas –particularmente la de Puerto Rico– hacían imposible el desarrollo en ellas, por separado, de una *civilización positiva,* es decir, libre de la opresión de los unos sobre los otros. La mira de Hostos al respecto del tema, es la libertad, que concibe como el valor más alto. Y Hostos sabe perfectamente cuán estrecho lazo ata los elementos socioeconómicos con la libertad de los pueblos.

Uno de los aspectos más importantes e interesantes de la gesta hostosiana ocurre precisamente a propósito de su "viaje al sur", esto es, por los países suramericanos. Convencido de la imposibilidad de convencer a los líderes de la emigración antillana en Nueva York a que renuncien a su aspiración a la anexión a Estados Unidos tras obtener la independencia de



España, Hostos opta buscar en las repúblicas latinoamericanas un apoyo que le permita atajar la amenaza de la anexión imperialista. El viaje, que inicia en el 1870 y se extiende hasta 1874, le permite a Hostos estudiar a los países que visita con el detenimiento y denuedo de un nacionalista proteico, esto es, como colombiano en Colombia, y del mismo modo, como peruano, como chileno, como argentino y como brasileño, en cada país, sucesivamente. En otra oportunidad estuvo en Venezuela, brevemente en Uruguay, y naturalmente, en la República Dominicana. La mirada de Hostos es mirada de abeja, poliédrica. Hurga la historia, pero también la actualidad política y cultural, los elementos geográficos y geológicos, los elementos demográficos y los elementos económicos. Estudia las costas y la sierra. Estudia las ciudades y los campos. Estudia los tipos humanos y las costumbres. Estudia las haciendas y las industrias. Estudia los problemas políticos, la literatura y las artes. Mide, hace inventarios, enumera los factores, como el fundador de la sociología latinoamericana que será.

En todas partes opina. En todas partes propone soluciones. A modo de ejemplo, en Panamá, destaca la importancia para la América nuestra de mantener neutral el proyecto de construcción del canal y la amenaza que constituyen para los países todos, al sur del río Bravo, de las ambiciones imperialistas norteamericanas. En Perú, la necesidad de superar los vicios de la colonia que sobrevivieron a la independencia, y la urgencia de incorporar todos los sectores humanos, especialmente los indios y los chinos. En Chile, la emancipación de la mujer y su derecho a recibir y usufructuar de la misma educación que reciben los varones. En Argentina, la defensa de los derechos de los inmigrantes y la necesidad de civilizar el interior, la pampa argentina.

En todas partes, aboga por desarrollar elementos de integración de los pueblos. Hostos urge a adelantar el proyecto del ferrocarril transandino y estudia la manera de hacerlo posible. Así lo reconocieron los pueblos de América que llamaron "Hostos" a la primera locomotora que cruzó los Andes. De la misma suerte, dedica también esfuerzos a estudiar las posibilidades de la navegación de los ríos entre los países que afluyen con el Amazonas.

A los países del Cono Sur les propone la creación de un mercado común que vaya más allá de los "factores afectivos" y los asocie, "materialmente", en un mismo proyecto de integración. A la América Latina toda le propone la necesidad de completarse con la culminación del sueño de Bolívar apoyando la independencia de Cuba y Puerto Rico, de manera que ya no sea posible que otros países atenten contra ninguno de nuestros pueblos.[5]

Conocida es la noción de la Patria Grande latinoamericana, la Madre América, la Nuestra América de Martí. La historia colonial de varios siglos forzó la integración de pueblos remotos unos con otros a través de varios modelos que se transformaron a lo largo de los siglos pero que tuvieron sus epicentros en México, Perú y el Río de la Plata. Junto a la visión totalizadora que todo lo abraza, subsisten las concepciones que de diversa y fluida manera se yuxtaponen unas sobre las otras. Una de ellas, en el caso de Hostos, es la de las Antillas.

Como se apuntó antes, la primera integración que vislumbra el joven Hostos en su búsqueda de una fórmula soberana que

garantice la libertad para los antillanos, es una federación española. Descartada esta posibilidad, Hostos busca la independencia de Puerto Rico a través de las armas para construir la confederación de las Antillas. En un texto suyo de 1876 que llama el *Programa de los Independientes*, Hostos detalla las tareas y los principios que han de prevalecer tras la conquista de la indepedencia. Martí consideró este escrito un "catecismo de la democracia".

Sentido del fiel de la balanza[6]

Algunos señalamientos de importancia hay que hacer a propósito de esta idea de la confederación antillana.

En primer lugar, Hostos vislumbró distintos escenarios de realización. Alguna vez se refirió sólo a las tres grandes antillas hispánicas, y alguna vez incluyó en el conjunto a la República de Haití. Alguna vez pensó en un marco más amplio que incluyera la zona del Caribe, particularmente Centroamérica. La idea está en su mente desde principios de los 70 comprimida en una frase metafórica que ve la confederación como "el fiel de la balanza", esto es: ni norte ni sudamericanos, antillanos.

Esta temprana concepción de Hostos supone un concepto de identidad de un sujeto discernido del resto de las américas y que pareciera chocar con las consabidas adscripciones de las Antillas, ya sea al mundo de Nuestra América, a Iberoamérica, a Latinoamérica, u otras.

Este *fiel de la balanza* es como el corazón que une las dos orejas de una bisagra. Con la expresión Hostos distingue y separa el norte anglosajón, el sur latino, y las antillas, punto medio, frontera de encuentro, de las dos grandes masas continentales.

Podría pensarse que Hostos considera la zona penetrada o influida por ambos lados, como una mezcla de las dos. Podría pensarse que Hostos se alínea con la concepción de estas islas del Caribe como punto de escala. O como la puerta de entrada o de salida para las américas. O quizás se acoge a la idea del puerto de transbordo.

Estas concepciones no forman parte de sus reflexiones. Otras preocupaciones y urgencias son las que lo animan. La constante apelación a los países del sur, al sueño de Bolívar en Ayacucho o en la Carta de Jamaica, si íntima y auténtica identificación con las alegrías y las cuitas de cholos, incas, mapuches, rotos, gauchos y huasos, con chilenos, peruanos, paraguayos, mexicanos y colombianos, así como, por otra parte, su rotundo rechazo a la anexión de las antillas y a la política imperialista norteamericana, no dejan lugar a dudas sobre la identidad del sujeto antillano. Hostos es meriadianamente claro al respecto en numerosos trabajos suyos a lo largo de su vida toda, desde el joven Hostos que "peregrina" sus sueños por las aguas del Caribe, hasta el Hostos que enfrenta en el 1898 la invasión de las tropas norteamericanas tan sólo con las armas del derecho.

A nuestro juicio, la misión de intermediario que Hostos le asigna a las Antillas obedece, más que a nada, a una garantía de libertad, que por otra parte responde también una razón de utilidad. La Confederación de las Antillas que persigue Hostos tiene la encomienda de hacer posible, por una parte, la soberanía de Cuba y la de Puerto Rico, y por otra, la de garantizar y hacer viable, en ambas islas, la civilización y la libertad. La postración económica de Puerto Rico, postración de certifica lo mismo en 1868 que en el 1898, hace imposible, a su juicio, que el pueblo se levante y desarrolle una civilización libre. Para Hostos, no hay civilización posible en el coloniaje, en ausencia de libertad. La postración de Puerto Rico es la que exige, demanda, la confederación con las Antillas hermanas.

No obstante, otra preocupación lo anima, y es la idea de que la asociación en situaciones de desigualdad marcada de los miembros, no es aconsejable para los más débiles, pues se verán absorbidos y dominados por los más más fuertes. Es, en el fondo, el mismo principio que llevó a José Martí a desaconsejarles a los países suramericanos los tratados que proponía Washington hace poco más de un siglo. Ese principio, que sigue siendo válido hoy respecto al Tratado de Libre Comercio, movió a Hostos a promover la confederación de las Antillas, pues aparte de constituir una comunidad relativamente homogénea y familiar, no estaban entre sí en condiciones de extrema desigualdad.

Partiendo pues, de la constitución de una confederación de estados antillanos, y aceptan-

do como inevitable la situación histórica que deriva de la posición geográfica entre ambas masas continentales, Hostos reflexiona que al servirles a ambas de intermediaria, y estableciendo de ese modo un juego de pesos y contrapesos entre unas y otros, el porvenir de la confederación estaría garantizado.

Hostos en el 1898

Conclusiones

Hostos es uno de los utopistas latinoamericanos más profundos y completos.

A lo largo de su vida defendió siempre, por su utilidad y como una necesidad urgente que se derivaba de los peligros del porvenir, diferentes fórmulas de integración y cooperación.

Entre los peligros del porvenir que Hostos desea prevenir con la integración de los países desunidos del sur está el progreso material de todos nuestros países, la estabilidad y la paz de toda la región, la capacidad para negociar con las potencias y otras confederaciones del mundo, y la capacidad para prevenir, y defenderse de, las agresiones imperialistas de norteamericanos y europeos.

La Confederación de las Antillas fue la ambición de mayor rango, y la más característica, de su vida y de su prédica.

La necesidad de la confederación era, a su juicio, la estrategia más idónea para garantizar la libertad, la soberanía y la independencia de los pueblos antillanos.

Aunque siempre concibió la identidad antillana como parte de la comunidad latinoamericana, aconsejó a las Antillas cumplir la misión de ser intermediarios entre los dos grandes factores continentales: el norteamericano y el suramaricano.

El concepto de **"fiel de la balanza"** implica la misión **de** establecer, por una parte, lazos de cooperación entre los dos grandes bloques continentales, y, por otra parte, mantener, con un juego de pesos y contrapesos, ambas masas en su sitio.

Las ideas de Hostos son una anticipación profética de las ambiciones más caras de nuestros tiempos que sueñan, construyen y proponen, que "otro mundo es posible".

Notas

1 Una versión abreviada de este trabajo se redactó especialmente para el simposio *De la nación decimonónica a la Comunidad Sudamericana* incluido en el **III Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos** celebrado en la Universidad de Cuyo, Mendoza, a principios de octubre de 2007, y que habrá de publicarse en la revista ***Estudios*** de Venezuela bajo el título: "Antillanía: la utopía matriz de Eugenio María de Hostos". Cuando me planteé la posibilidad de redactarlo, pensé primeramente en glosar y dialogar con el brillante texto de Fernando Aínsa titulado "Hostos y la unidad de América Latina: raíces históricas de una utopía necesaria" ***(Hostos: sentido y proyección de su obra en América***, EDUPR, P.R., 1995, 417-442) preparado como una aportación al congreso internacional que con motivo del sesquicentenario de Hostos se celebró en San Juan de Puerto Rico en el 1989. Tras la relectura del ensayo de Aínsa me percaté de la dificultad extrema –por no decir la imposibilidad– de glosar ese ensayo con la esperanza de aclarar y aportar al tema con algo propio. El ensayo de Aínsa es francamente inexpugnable, y más redondo que una esfera geométrica. No obstante, uno de sus gajos nutricios merece, según nos lo apunta el deseo, un subrayado nuestro, pues domina la idea de que los heroicos antillanos del siglo XIX enfrentaron la vorágine del minotauro americano apelando a la latinoamericanidad y la hispanidad de las islas del Caribe. A ello va dirigido este trabajo.

2 Joy A. Palmer (Ed.): "*Fifty mayor thinkers on education: from Confucius to Dewey*". England: Routledge, 2001.

3 No nos corresponde hacer en este momento una exposición detallada sobre este tema. Lo hemos hecho ya en nuestros estudios previos de la obra del puertorriqueño publicado en nuestro libro "*Hostos: las luces peregrinas*". (Humacao, P.R.: Exégesis, 2005, 332 págs.) También lo ha hecho de manera más redonda Fernando Aínsa, en el estudio antes citado.

4 Para una información más completa sobra la obra del puertorriqueño, recomendamos nuestro libro antes citado.

5 Hostos menciona, concretamente, los ataques de países extranjeros a México y a algunas repúblicas del Pacífico. Además, menciona la destrucción del Paraguay.

6 En el 1994, cuando nos desempeñamos como director del Instituto de Estudios Hostosianos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, advertí la pertinencia de agrupar en un volumen de la nueva edición crítica de las ***Obras completas*** de Hostos que realizábamos los trabajos relativos a este tema, pues el mismo resulta ser el más característico y más preciado de toda la obra de Hostos. A esos efectos identificamos los textos que los constituirían y ordenamos el cambio en el plan de las obras completas para incluirlo. A nuestra salida del Instituto, sin embargo, los nuevos editores optaron por suprimirlo.